

¿GIGANTES O LANGOSTAS? Números 13:30-33

Siempre es bueno ponernos retos porque significa que estamos dándole rumbo, es decir, que estamos dándole un sentido a nuestra vida. Quien no se pone retos no sabe para dónde va. Es como si se subiera a un barco sin timón y sin brújula; al poco tiempo, el barco se perderá en medio de la nada y lo peor es que quienes iban a bordo tal vez ni cuenta se estaban dando hasta que se vieron perdidos. Entonces su reacción será de la de llorar por su suerte. Terminarán abandonados porque ellos mismos se abandonaron por no tener dirección en sus vidas.

Alguien dijo una vez que si quieres ser persona de éxito, júntate o rodéate de personas de éxito. Lo contrario también es cierto, es decir, si quieres ser una persona estancada y mediocre, júntate o rodéate de personas estancadas y mediocres. ¿Qué es el éxito?, según del DRAE, es el resultado feliz de un negocio o actuación, también dice que es el fin o terminación de un negocio o asunto. Otro diccionario dice que simplemente es haber logrado un fin. Dicen los que saben, que la persona de éxito no tiene como meta el reconocimiento de los demás, sino su plena satisfacción personal. Si además de tener esa satisfacción personal es también reconocido por otros, esto es la *cereza en el pastel*.

Lo contrario de éxito es el fracaso, el estancamiento, la mediocridad. El éxito requiere mucho trabajo y sacrificio; requiere no perder nunca de vista la meta a pesar de los obstáculos que se interpongan, por eso es tan difícil de alcanzar y no todos lo logran. El fracaso es mucho más fácil de conseguir, solo se requiere no hacer nada, no preocuparse ni ocuparse de nada, dejar que las cosas fluyan solas y esperar un golpe de suerte que cambie la vida como sacarse la lotería o recibir una cuantiosa herencia, etc. El fracaso enfoca en los obstáculos.

La persona de éxito vive en paz y está decidida y firme porque está segura de lo que quiere, sabe a dónde quiere llegar, sabe que los obstáculos no solamente son una realidad sino que sabe que son necesarios para mantenerle enfocado en la meta; mientras que la persona de fracaso vive siempre angustiada y deprimida, vive con temor e incertidumbre del qué pasará más adelante y, sin embargo, aun así,

buscará las mejores excusas para justificarse y seguirse lamentando de su mala suerte.

La persona de éxito tiene una mente optimista y un espíritu luchador; dos virtudes que ejercita cada día y por eso se fortalece, mientras que la persona de fracaso tiene una mente pesimista y un espíritu cobarde. La persona de éxito trabaja duro para alcanzar sus metas, mientras que la persona de fracaso solamente flojea. La persona de éxito está seriamente comprometida con una causa, está firmemente comprometida con algo o con alguien, mientras que la persona de fracaso no se compromete con nada ni con nadie.

Es una pena que aun dentro del cristianismo haya personas con la mentalidad y la actitud de un pesimista fracasado. Es una pena porque significa que no han entendido la Palabra de Dios, seguramente porque nunca se han tomado el tiempo de leerla ni mucho menos de estudiarla. Es una pena porque si la leyeran y estudiaran se darían cuenta de que no debería haber cristianos mediocres, pesimistas y fracasado porque cuando venimos a Cristo, nosotros participamos de la naturaleza de Dios (2P. 1:4), porque tenemos la mente de Cristo (1Co. 2:16), porque no nos ha dado el Señor un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (2Ti. 1:7), y porque, por si fuera poco, el Señor está con nosotros como poderoso gigante (Jer. 20:11).

Todo esto es importante considerarlo para entender nuestro relato Bíblico de hoy. La historia de los doce espías es una historia bastante conocida dentro de la comunidad de fe. Es una historia que remarca bastante bien, bastante fuerte, la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre la valentía y la cobardía. Las dos parte tendrán resultados, pero serán completamente opuestos.

Resulta que el pueblo de Israel ha salido de Egipto después de 400 años de esclavitud, han caminado por cerca de 40 años en el desierto para llegar a la tierra que Dios les regaló, la *tierra que produce leche y miel*, tierra rica, tierra productiva, la mejor tierra para vivir, para formar una familia y trazar un futuro próspero.

Pero había un pequeño detalle, esa tierra ya estaba habitada. Aún así, era tierra de los israelitas porque Dios, que es el Dueño absoluto de

todas las cosas se las regaló a su pueblo. Esa gente estaba ocupando un espacio que no les correspondía.

Los israelitas están prácticamente en el borde de la tierra prometida, se podría decir que a solo unos pasos de llegar a ella. Dios le dice a Moisés que envíe 12 hombres para que reconozcan la tierra, hagan una evaluación y traigan un reporte. ¿Por qué haría Dios eso?, ¿Qué Él mismo no estaba seguro de lo que había allí? La respuesta la encontramos en el Libro de Deuteronomio en donde vemos que idea de enviar hombres no fue de Dios sino del pueblo mismo (Dt. 1:20-28); pueblo que, en su mayoría, durante todo el camino a la tierra prometida estuvieron molestando a Moisés y quejándose por haberlos sacado de la esclavitud de Egipto; pueblo con falta de fe en Dios y en su Palabra; pueblo que sufriría las consecuencias por su propia incredulidad. Dios lo único que hizo fue guiar a Moisés para que escogiera doce hombres, uno de cada tribu, el principal o líder de cada tribu (vv.1-16). Eran 12 líderes, 12 con los que Moisés se supone que podría “contar” para guiar al pueblo a la Tierra Prometida; 12 que se suponía compartían la visión de Moisés. Se supondría que estos líderes ayudarían para confirmar la fe de Israel, para que de una vez el pueblo creyera lo que Dios prometió y dejara de estarse quejando por lo que veía en el camino y dejara de estar murmurando en contra de su líder.

Estos líderes fueron y estuvieron allí por 40 días y regresaron trayendo su informe (vv.17-26). En el informe daban cuenta de que verdaderamente en esa tierra fluye leche y miel, trajeron inclusive unas muestras del fruto de aquella región; eso estaba bien, era lo positivo, pero luego dieron cuenta de lo negativo y esto era para la mayoría de ellos de mayor peso que lo positivo. Dijeron que las ciudades de aquella región eran grandes y bien protegidas, rodeadas de muros y que sus habitantes se veían bien bravos o feroces (vv.27-29). El informe que estaban dando apuntaba a que no valía la pena arriesgarse y que era mejor abortar la misión. Aquí es en donde entramos a nuestro relato Bíblico de hoy.

“Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos” (v.30).

Pero uno de esos líderes llamado Caleb los hizo callar y los animó a cumplir el mandato de Jehová de tomar la tierra que les había prometido. Este hombre se llamaba Caleb y creía que si Dios los había mandado ellos podrían contra todos esos hombres feroces en sus ciudades fortificadas.

Gloria a Dios por quienes hacen la diferencia creyéndole a Dios y no enfocándose en las circunstancias adversas del momento.

“Mas los varones que subieron con él, dijeron: No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros” (v.31).

Lo que ellos siguen sosteniendo es que los cananitas son más fuertes que los israelitas y seguramente lo eran. Los cananitas eran un pueblo de guerra, estaban muy bien entrenados y equipados; los israelitas la llevaban de perder. Esto es enfocar en la situación adversa presente. Pero Caleb enfocaba en la Palabra dada por Dios. Es cierto que los cananitas podrían fácilmente contra los israelitas, pero JAMAS podrían contra el Dios de Israel. Eso es enfocar en Dios y creerle a Él.

“Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura” (v.32).

Ahora vienen las contradicciones para justificar su falta de fe y de cobardía. Ahora resulta que la tierra era buena, pero no tan buena como para que valga la pena correr el riesgo de ser eliminados. Y resulta que los habitantes de aquella tierra no solamente se veían feroces, sino que eran gigantes. Las personas con mentalidad de fracaso, con actitud negativa, pesimista, siempre exageran el tamaño de los obstáculos y siempre encuentran algo que justifique su proceder, aunque ellos mismo caigan en contradicciones. El Señor Jesús diría de ellos lo mismo que les dijo a los fariseos una vez: *“...Claro, son tan inteligentes que siempre hallan una justificación a sus contradicciones” (Mt. 11:19 - LBAD).*

En pocas palabras, estos líderes pesimistas, con mentalidad de fracaso, estaban diciendo *“no podremos contra ellos”*. Esto es sumamente terrible porque están llamando literalmente mentiroso al Señor, o porque no han creído que el Señor les dio en verdad la orden de ir a poseer la tierra, no han creído en su líder Moisés como instrumento de Dios para guiar al pueblo y se rebelan a seguir un llamado que para ellos no tiene sentido.

Ellos solamente enfocaban en sus capacidades humanas muy limitadas, pero no enfocaban en las capacidades Divinas de Dios ilimitadas. Ellos enfocaban en los obstáculos y no en las promesas de Dios. Si una instrucción no cabía en sus mentes ni en sus posibilidades

humanas no podía venir de parte de Dios y ese es el problema que se repite hoy en día cuando la gente no cree en la Palabra de Dios porque no la pueden digerir en sus mentes. Si para la gente no tiene sentido entonces no es de Dios y no lo harán porque enfocan en sus propias capacidades limitadas y no en las de Dios que son ilimitadas. Es aquí en donde resonarían fuertes las palabras de Dios a través del Profeta Zacarías: “... No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6b). Las batallas se ganan cuando se avanza en el Nombre del Señor. Es el Señor quien derribará todo obstáculo que se interponga.

“También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos” (v.33).

Este es el versículo más importante porque resume lo que es el pensamiento de una persona con mentalidad de fracaso, de mediocridad. La referencia a estos supuestos gigantes era nada más para aumentar el miedo de la población y así justificar su deseo de no hacer nada.

Ellos pasaron por alto un detalle: Era Dios quien pelearía por ellos la batalla como ya se los había dicho antes (Dt. 3:22). Ellos solamente tenían que seguir adelante en el Nombre de Dios y tomar la tierra que Él les regaló.

Pero el problema mayor y la causa de su fracaso es que ellos se veían a sí mismos como pequeños, débiles e incompetentes, con complejo de insectos, demostrando una falta de fe en las promesas de la protección Divina. Estos líderes pesimistas y con mentalidad de fracaso están exagerando los obstáculos para justificar su no actuar. En la actualidad ocurre lo mismo y por eso la Iglesia no avanza como debería, por eso uno de cada 5 habitantes en el mundo es musulmán y por eso el surgimiento de muchas sectas *pseudocristianas* llenas de miembros que caminan sin un conocimiento real de Dios pasado en las Escrituras. Mientras esto ocurre, muchos seguimos justificándonos para no hacer nada, seguimos viéndonos como pequeños, débiles e incompetentes ante la perdición del mundo.

Conclusión.

El resultado de tal pesimismo es que el pueblo se quejó contra Moisés por llevarlos a una aventura para ellos suicida y sin sentido (Nm. 14:1-4). Ellos se querían regresar a Egipto aunque allí vivieran como

esclavos. Y hoy ocurre lo mismo en un mundo perdido por el pecado y en una iglesia estancada por su pesimismo, por su mediocridad. Tanto los israelitas del tiempo de Moisés como los cristianos del tiempo actual, han olvidado que es Dios quien pelea nuestras batallas, y no han creído en sus promesas sino en su realidad actual.

Gloria a Dios que siempre hay alguien que sí cree y trabaja duro haciendo la diferencia. En aquel tiempo fueron Caleb y Josué a quien podemos ver en el siguiente capítulo reprendiendo al pueblo incrédulo y terco. Hoy en día, en la Iglesia del Señor, siempre hay un grupo con mentalidad de éxito que no se deja vencer por los obstáculos que se les presentan. Son los discípulos del Señor.

En nuestro relato Bíblico de hoy vimos que Caleb habla con toda confianza del éxito: *Más podremos nosotros que ellos*, por fuertes que ellos sean. Vimos también cómo anima al pueblo a seguir adelante y, colocándose al frente, habla como quien está resuelto a conducirles con toda valentía: *Subamos luego, y tomemos posesión de ella*. Esta es la visión de un guerrero que no le teme a los obstáculos por grandes que sean. Caleb era más gigante que los gigantes.

Las batallas que enfrentemos en la vida y en la iglesia dependerán de la forma en que nos miremos a nosotros mismos. ¿Somos valientes guerreros de Dios o cobardes debiluchos a quienes los problemas pueden darnos una verdadera paliza cuando lleguen? ¿Somos gigantes o langostas?

La historia termina en que los que tenían mentalidad de fracaso no entraron a la Tierra Prometida. La clave de su fracaso estaba en la forma en que ellos se veían a sí mismos: *"...éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas..." (v.33)*. No es que las personas que vivían en Canaán fueran tan grandes, sino que los israelitas se veían a sí mismos como viles y miserables insectos. Desde ahí ya tenían perdida la batalla.

El mismo principio se aplica a nosotros; mentes derrotistas solamente conducen al fracaso, mientras que mentes optimistas logran sus objetivos con la mirada puesta en Dios y no en los obstáculos. Quizás el gigante más grande para vencer sea nuestra falta de fe y la forma en que nos vemos a nosotros mismos.



Cuando empecemos a vernos como gigantes, como guerreros de Dios, equipados con el poder de Dios, cubiertos con su protección y guiados por su Santo Espíritu, comenzaremos a ganar las batallas que se nos presenten porque la victoria ya nos ha sido dada, solo hay que ir por ella. Las batallas y los obstáculos solamente servirán para hacernos más y más fuertes y para madurar en nuestro carácter y en nuestra fe.

Oremos para que el Señor nos llene del Espíritu Santo para que nos podamos ver a nosotros mismos como gigantes victoriosos, tal como Él nos ve, y no como langostas o como insectos fracasados. Amén... Vamos a orar...